



<p>EDICION DE LUJO.</p> <p>—</p> <p><b>Dos reales</b></p> <p>AL RECIBIR EL NÚMERO.</p>	<p>DIRECTORA,</p> <p><b>LA BARONESA DE WILSON</b></p> <p>—</p> <p>EDITORES PROPIETARIOS,</p> <p><b>J. CASTRO Y COMPAÑÍA.</b></p>	<p> <b>BIENEROTECI MUNICIPAL</b></p> <p>MADRID</p> <p>EDICION ECONOMICA.</p> <p>—</p> <p><b>Un real</b></p> <p>AL RECIBIR EL NÚMERO.</p>
<p><b>Año II.</b></p>	<p><b>Madrid 13 de Febrero de 1872</b></p>	<p><b>Núm 6.º</b></p>

## SUMARIO.

Advertencias.—Revista de modas y labores, por la Baronesa de Wilson.—*La flor del Angel*, por la señora doña Gertrudis Gomez de Avellaneda.—*¡Esperanzas!* por Carlos Frontaura.—*El Libro del corazon*, por don Ramon Ortega y Frias.—*La Caridad*, por Hinnova.—Solucion de la charada del núm. 4.º.—Explicacion de los grabados.—Geroglífico.

## ADVERTENCIA.

Habiendo sufrido una gran pérdida con dos encargos, cuyas personas inspiraban, sin embargo, la mayor confianza, nos vemos precisados á renovar terminantemente nuestras advertencias, indicando á las señoras suscriptoras acompañen el importe de los pedidos que se sirvan hacer, puesto que de antemano pueden saber los precios.

## OTRA.

Causas ajenas á la voluntad de la empresa del periódico de modas titulado «El Tocador,» ha obligado á ésta á suspender su publicacion; pero deseosa de no perjudicar en lo más mínimo los intereses de aquellos, desde 1.º de Febrero ha encargado el servicio de las suscripciones á este semanario, que en obsequio al público y al propietario de «El Tocador» hemos aceptado, aun cuando nuestro periódico sea de otras condiciones.

## REVISTA DE MODAS Y LABORES.

### I.

Hablemos de las nuevas creaciones, y sobre todo de trajes de baile y recepcion, y de reuniones de confianza.

*Túnica á la Virgen*, es una de las innovaciones tan graciosa como juvenil.

¿*Túnica á la Virgen*? exclamarán nuestras lectoras, manifestando su curiosidad.

Sí; figuraos una especie de túnica-blusa de cachemir rosa ó azul y adornada con muselina blanca, ó bien con organdi tableado á la rusa: un cinturon formando el *puff* ciñe el talle, y este modelo es de suprema elegancia.

Ménos nueva, pero tambien disputándose su reinado, vemos á la túnica *Princesa* más severa y más propia para señoras que no tengan pretensiones y que prefieran la sencillez.

No deben mirarse los trajes y tocados bajo el prisma de la superficialidad, sino por el contrario, ver la utilidad de ellos; es decir, que una señora al comprar el vestido, al escoger un elegante modelo, al pensar en los adornos, puede hermanar el buen gusto más exquisito con el arte y la economía, pues con frecuencia sucede que una tela nos parece arreglada en su precio, y calculando que el traje costará ménos, la elegimos sin pensar que de mejor clase puede dar un resultado preferible, porque podrá sufrir variaciones múltiples y economizar otros dos ó tres trajes, mientras que de clase más inferior solo hubiera lucido en la primera época, sin que despues se pueda utilizar para nada.

Un lujoso traje cuesta caro; pero tambien si se considera su duracion, viene á resultar excesivamente barato.



Trajes bellísimos hemos tenido ocasion de admirar con motivo de los muchos enlaces verificados en estos últimos días, y como creemos útiles algunas observaciones, no des-cuidaremos hacerlas.

Por ejemplo, deber nuestro es indicar la diferencia que existe entre los trajes destinados para tan solemnes ceremonias, empezando por describir un vestido á propósito para la madre de la desposada, y que lucia una señora tan elegante como distinguida.

La falda era de gró, color violeta *Ofelia*, adornada con un ancho volante, cuya cabecilla estaba guarnecida con una buena pasamanería y un ancho fleco de borlas.

Un sobretodo-túnica, de terciopelo, adornado con encaje de Cambray, formando *puff* por detrás, y adornado el delantero con bieses y encaje; sombrero violeta con flores y plumas, completaban tan rico traje, en el cual al propio tiempo se destacaba la mayor sencillez en la forma.

El vestido de la hermosa novia era de faya blanca con doble falda y chaqueta, las que estaban adornadas con aplicacion de Inglaterra; el volante de la sobrefalda debe tener 20 centímetros.

Las mangas eran anchas, completamente *castellanas*, y debajo de ellas otras Enrique II, formadas con bandas de faya y bullones de gasa de Chambery.

La primera falda está adornada con un volante de encaje de 50 á 60 centímetros de ancho.

El velo era de gasa de Chambery, y la corona y ramillete de azahar, pero lindísima, pues formaba el aderezo y el ramo, que recogía un lado de la sobrefalda.

Un elegante vestido, para calle, que como modelo hemos visto, era de paño de París, azul oscuro. Un volante ligeramente fruncido guarnecía la primera falda; al borde de él una ancha franja de terciopelo azul y dos bieses de raso, y á la cabecilla, el mismo adorno. La túnica con bolsillos, bastante larga por delante y repetido el adorno de la falda, no solo al borde, sino en el delantero y carteras de los bolsillos.

Esta túnica es de bastante novedad; está fruncida por delante y un poco recogida de los costados: una doble pelerina del mismo paño, y con los mismos adornos, completa el modelo.

El sombrero era de terciopelo negro con plumas y bridas azules.

Otro elegante vestido destinado para visitas y que puede hacerse de terciopelo seda, ó lanilla, era color de violeta, muy en boga hoy; un ancho volante tableado adornaba la primera falda: túnica polonesa formando segunda falda y cola, la cual se recogía en *puff*; esta túnica estaba bordada con sutache.

Se necesitan de diez á once varas de terciopelo inglés para la falda, y de catorce á quince para la polonesa-túnica.

Para nuestras jóvenes lectoras, que ostentan sus gracias en los saraos, de los que son las flores más lindas y perfumadas, les aconsejamos un traje *Pompadour* azul y rosa: falda azul, adornada con crespon de China; el adorno lo componen rizados de crespon de China rosa, con forro de seda azul; estos rizados se separan de trecho en trecho, y en el espacio se ve un lazo azul.

La túnica es de crespon de China rosa, recogida con guirnalda de rosas á un lado, y con caidas azules al opuesto.

El corpiño, estilo Luis XV, está adornado con lazos y rosas, de las cuales parte un drapeado que cruza el corpiño y va á unirse con las caidas de la espalda.

Este modelo es lo más original, nuevo, fresco y juvenil que se ha creado.

Durante la estacion de los bailes, el cutis se irrita y se altera un poco, así como la vista, y nada podríamos recomendar como el *Agua del Serrallo*, que tan saludables efectos produce, así como la *cold-cream* inglesa, para limpiar y suavizar el cutis.

También para las manos aconsejamos la harina de almendras amargas, pues suaviza y blanquea. ¿Y acaso no es uno de los encantos de la mujer ostentar una mano fina y perfumada?

La pomada *Imperial*, que sin preparacion alguna tñe el cabello, bien castaño ó negro, es no solo inofensiva, sino saludable.

Los objetos de tocador que recomendamos á nuestras lectoras, son necesarios y útiles; pues ¿cuántas veces creyendo conservar la belleza, surten el efecto contrario, cuando se ignora si contienen sustancias nocivas?

## II.

Todas las labores llamadas de adorno, en cierran, sin embargo, una utilidad real, pues además de que las jóvenes se acostumbran al trabajo, encontrando en él un agradable placer, al mismo tiempo con po-

co gasto obtienen lindos objetos para adornar la casa y disfrutar de la satisfaccion que resulta, cuando escuchamos el elogio que hacen de ellos.

Así, pues, el bonito platillo para quinqué que presentaremos en nuestro periódico, creemos será del agrado de nuestras jóvenes lectoras, porque está muy en moda esa clase de bordado y sirve para zapatillas, cojines, estantes y costureros.

Cada pétalo de la flor se hace con un solo punto de color: se pica por debajo del cañamazo, se saca la aguja al extremo del pétalo, y se lleva la lana hasta el extremo y sosteniéndola con el pulgar, se saca la aguja sosteniendo siempre la hebra, y de este modo se hace un punto largo de feston que forma el pétalo.

Después se coge un hilo del cañamazo al extremo del pétalo, y pasando la aguja del interior de la lana al exterior,

Grabado núm. 1.





y llevándola cerca del corazon de la flor, al lado del pétalo ya hecho, para formar otro y una vez preparados todos, con lana amarillo-paja se da un punto de seda blanca floja, lo cual presta relieve á la flor; en el centro se bordan algunos nudillos con seda amarilla y las hojas se hacen del mismo modo, de lana verde bajo y realzadas con verde claro.

Los tallos se trazan con lana negra, haciendo el fondo á punto cruzado de seda y lana azul encarnado ó morado.

El círculo dibujado sobre el cañamazo tiene 21 centímetros de diámetro y uno más para los bordes. El cañamazo se tiende sobre un carton forrado con percalina, y despues se pone al rededor un rizado de cinta de color.

Grabado núm. 3.



Un modelo para canastilla, propia para tarjetas, es de bronce dorado con medallones ejecutados al punto ruso sobre fondo de tafetan verde claro. El interior se forra con paño verde y sobre este, raso verde entretelado y picado formando cuadritos. El borde y los medallones están bordeados con felpa verde y dos lazos de faya verde, adornando los extremos ovalados.

Todas estas labores son accesorios útiles en las casas, y que al propio tiempo revelan el buen gusto y el arte de saber adornar las habitaciones.

La Baronesa de Wilson.



## LA FLOR DEL ÁNGEL

(TRADICION VASCONGADA)

POR LA SEÑORA

DOÑA GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA.

(Continuacion).

## III.

La cólera y el dolor son malas consejeras. ¡Rosa los escuchó, sin embargo, los escuchó demasiado!... No le bastaba la destruccion de la abeja; hizo más todavía para aniquilar sus recuerdos. Le otorgó su mano á Anton Ondarra; apresurando la realizacion de aquel enlace, que debia probar al inconstante Félix, que no se habia tenido la credulidad de esperarlo fiel y enamorado.

Rosa estaba loca en aquellos dias fatales. Quizá no debió Ondarra cumplir los ciegos votos de la venganza en su suprema energía; pero ¡ah! él amaba con extremo á aquella niña interesante; él la creia abandonada, y esperaba poder consolarla con su indulgente é inagotable dulzura.

La abnegacion del viejo marino habia sido sublime mientras juzgó contribuir con ella á la ventura de Rosa; pero faltando aquel estímulo privado de aquella esperanza. ¿Cómo y por qué rehusaría un bien que se le venia á las manos cuando ménos lo esperaba y más reconocia merecerlo?

Tal heroismo era superior á una flaca naturaleza mortal.

La boda se dispuso de prisa, y sólo al ver llegar el momento comenzó la exaltacion de Rosa á dejar algun campo al raciocinio.

Sólo entonces comprendió que su resolucion era violenta; que el dicho del capitan no presentaba carácter infalible; que al romper ella sus juramentos tomando esposo,—antes de cumplir el plazo de los dos años otorgados á Erlia por su padre,—se hacia reo de un crimen que no alcanzaria á justificar la inconstancia de aquel, aún despues de ser completamente probada.

Estas reflexiones y otras muchas, atormentaron de pronto á la desgraciada Rosa; pero eran ya de masiado tardías. El casamiento se celebraba aquella misma noche. Sólo pudo llorar, llorar sin consuelo entre sus galas de novia, y sentir que se despertaban,—apesar suyo,—en lo más íntimo del alma, los dulces y tristes recuerdos que habia querido en vano aniquilar.

Entonces se acordó de la flor y de la abeja... de su pobre abeja sacrificada.

—¿Qué hizo?—se preguntaba con enojo á sí misma.—¿Qué hizo jamás para merecer la muerte? Debí castigarle por que animó mi esperanza con su fidelidad? ¿Es tan grata la verdad presente, que no deba perdonar y agradecer aquel engaño dulce, aquella ilusion que era mi vida?

Discurriendo así, no pudo resistir á un repentino impulso. Aun faltaban algunas horas para la nupcial ceremonia, y Rosa fué á pasarlas llorando junto al *arbusto del ángel*. ¡Ay! barrian ya el suelo sus amarillas hojas, y la última flor que habia adornado su tallo,—la última que libara la abeja,—se desprendia seca, esparciendo con sus restos los del insecto aplastado en su corola. La jóven recojió aquellas reliquias; recojió tambien la semilla que dejaba la flor, y todo lo guardó cuidadosamente envuelto.

—¡Erlia! ¡mi caro Erlia! perdóname, decia al apretar dichas reliquias sobre su afligido corazon. Y se complacia en repetir tales palabras, dirigidas á la abeja, pero que le daban ocasion de articular un nombre que era tambien el de su antiguo amante. Sin embargo, no volvió ese nombre á salir de sus labios; porque Rosa fué desde entonces la mujer de Anton Ondarra, y tenia demasiada virtud para acariciar lo pasado. Nada le quedaba de él sino los míseros restos de la abeja y de la flor.

Rosa no era feliz, no podia serlo; pero llenaba sus deberes con aparente agrado y respirando de continuo en la atmósfera de paz y de ternura de que la rodeaba su marido, acaso llegó á esperar que se cicatrizaran con el tiempo las profundas heridas de su alma.

Así pasó el otoño; así pasó tambien el largo y nebuloso invierno, y llegó el último dia del mes de Febrero, trayendo en pos una noche tenebrosa y fria como ninguna.

Tronaba, llovía copiosamente, y Rosita—sin embargo—permanecía en su ventana, fijos los ojos en el enlutado firmamento, que surcaban á intervalos los relámpagos, y como si se embelesara oyendo retumbar los truenos en las montañas.

Quizás su pensamiento se hallaba muy lejos de cuantos objetos parecian preocuparla, pues de pronto se estremeció toda, como si despertara de un sueño. Entonces prestó visiblemente atentísimo oído, no al trueno,—que no resonaba en aquel instante,—no á la lluvia y al viento, que comenzaban á aplacarse, sino á una voz dulce, lastimera, que acababa de articular su nombre bajo su misma ventana.

La oscuridad era tan profunda, que nada podia distinguirse; pero largo tristísimo adios murmurado apenas enmedio de las tinieblas, llegó á herir en lo más hondo todas las fibras del corazon de la jóven.

(Se continuará.)

## ¡ESPERANZAS!

Cruzando del bosque umbrío  
las veredas solitarias,  
viene una niña que llora  
perdidas sus esperanzas.

Tres veces le ha sorprendido  
la estrella de la mañana  
junto al tranquilo arroyuelo  
que acaricia á la montaña;

Que dando al viento suspiros  
y dando al arroyo lágrimas  
esperó en vano tres dias  
á quien sus pesares causa.

¿Por qué su amado no viene?...  
¿Será que otro amor le aparta  
de la niña, que le envía  
entre suspiros el alma?...

Cada vez que agita el viento  
de la árbolea las ramas,  
se anima el semblante triste  
de la pobre enamorada.

Pero viendo que ilusorias  
son del deseo esperanzas,  
así la niña se queja  
así á los árboles habla:

Si alguna vez, del bosque  
las calles cruza,  
no digais á mi amado  
mi desventura.

No se complazca  
sabiendo que su olvido  
cruel me mata

Decidle que un mancebo  
me miente amores  
y que tambien mi afecto  
le corresponde.

Porque he aprendido  
que es el amor esclavo  
del albedrío.

No le digais, testigos  
de mis pesares,  
que amor que fué mi vida  
quizá me mate.

La noche avanza;  
¡sus sombras tumba sean  
de mi esperanza!

Prometió la niña hermosa  
no volver á la montaña  
en busca de aquel ingrato  
que no la devuelve el alma.

Pero sé que apenas brilla  
la luz primera del alba,  
sale á esperarle, y le espera  
hasta que la luz se acaba.

¡Y es que cada noche sueña  
con quien sus pesares causa,  
y cada noche el deseo  
le finge más esperanzas!

Cárlos Frontaura.





EL ULTIMO FIGURIN.

ADMINISTRACION: PLAZA DE LA CEBADA, NÚMERO 11.—MADRID

6-72







## EL LIBRO DEL CORAZON,

NOVELA DE COSTUMBRES

DE D. RAMON ORTEGA Y FRIAS.

(Continuacion.)

—Sí, has hecho mucho más de lo que tus deberes exigían.

—¿Crees que debo arrepentirme?

—¡Arrepentirte!...

—Si no es mi deber sacrificar mis afecciones y mi honor por mi madre...

—Sí, María, sí.

—Y á pesar de que la mujer es por naturaleza mucho más débil que el hombre, he tenido valor y lo tendria mil veces si fuera necesario. El mando me acusará, me mirará con el desprecio que se mira á la mujer liviana, y yo tendré que inclinar la frente, aceptar las acusaciones y reconocer una falta que no he cometido.

—Pero Dios que conoce la verdad...

—Me hace justicia, me bendice... ¡Ah!

Interrumpióse María y fijó en su hermano una penetrante mirada, diciendo luego:

—¿Crees que la tranquilidad de mi conciencia y las bendiciones del Omnipotente compensan mi sacrificio?

—¿Puedes dudar?

—No, no lo dudo.

—Entonces no te arrepentirás de haber sido noble, generosa y grande como no lo es ninguna criatura.

—¡Arrepentirme!... Jamás.

—Nuestra situación está resuelta; quiero imitarte, quiero también hacer algun sacrificio.

—¿Cuál?—preguntó María con fingida extrañeza.

—El de mi vida, por que me dejaré matar...

—¡Tu vida!—interrumpió María con acento de profundo desden.

—Sí.

—¿Acaso la vida tiene algun valor?

—Al menos para mí de una carga insoportable

—¿Entonces, qué sacrificas? Vas á dar lo que no te proporciona ningun goce, lo que te atormenta... ¡Oh!... ¿Y es eso cuanto haces por la madre infeliz á quien debes tanto amor?

—¡María!—exclamó Alberto, fijando en la jóven una indescriptible mirada.

—¿Qué te sorprende?

—Parece que me acusas...

—Sí,—respondió ella sin vacilar.

—Si hago el sacrificio de mi vida, ¿qué más puede exigirme?

—Algo que valga más para ti.

—Tus palabras...

—Te he dado el ejemplo. ¿Serás cobarde hasta el punto de no hacer tanto como yo? No es la vida el sacrificio que tu madre exige, es el honor, es la vergüenza, es el valor para arrostrar las miradas desdeñosas y las terribles acusaciones del mundo. Y si mi honor he sacrificado por el de nuestra madre, por qué no has de sacrificar también el tuyo?

Tan aturdido quedó Alberto, que no acertó á responder, y fijó en su hermana una mirada de estupor.

María, con la exaltación propia de su estado, prosiguió diciendo:

—Dudas, vacilas, temes... ¡Eres cobarde!

Rugió sordamente Alberto.

Lo que sintió no puede hacerse comprender.

María creyó seguro ya el éxito, y poniéndose en pie, dijo con acento breve:

—Decide.

Pasóse Alberto las manos por la frente.

Había conseguido dominarse, y dijo con voz reposada:

—¿Qué debo hacer?

—Ahora mismo saldrás de Madrid. Quedarás deshonrado á los ojos del mundo...

—No me importa si honrada queda mi madre.

—Sí, honrada quedará, y tu sacrificio evitará que sufra lo que nunca ha sufrido.

—Antes de adoptar esa resolución, cuyas consecuencias no te se ocultan, quiero conocer tu opinión sobre un punto que parece has olvidado.

—Pregunta.

—Y me responderás franca y terminantemente, ¿no es verdad?

—Sí.

—Si sacrificando tu vida hubieras podido salvar tu honor á la vez que el honor de nuestra madre...

—¡Oh!...

—¿Qué habrías hecho?

—Alberto...

—Responde, María,—replicó enérgicamente el jóven.

—¡Dios mío!...

—A salvo está ya la honra de nuestra madre; ahora se trataba de la tuya no más: ¿quieres salvarla también á costa de la vida?

He ahí lo que María

en su turbación no había previsto.

Exigia de Alberto el sacrificio del honor sin pensar que el jóven podía conseguir lo mismo con solo resignarse á morir.

Alberto acababa de decir la verdad, pues su hermana no habría vacilado, si á costa de la vida hubiese podido dejar á salvo su honra.

—¿Y por qué no había de hacer esto el jóven cuando el hacerlo le era tan fácil?

Algunos minutos trascurrieron sin que pronunciasen una palabra.

—Hermana mía,—dijo por fin Alberto,—mucho sufrirá nuestra madre cuando yo deje de existir; pero ¿no sufriría mucho más al verme deshonrado? La conozco demasiado bien, y estoy seguro de que prefiere mi muerte á mi deshonra.

Grabado núm. 3.





Y tú también, que eres mi hermana, debes preferir verme muerto con honor, porque con mi honor podrás envanecerte, ya que el tuyo has tenido que sacrificarlo. No pierdas el valor de que has dado tantas pruebas, no vaciles en el instante supremo, no vengas á debilitarme con tus súplicas y tus lágrimas, sino á darme ejemplo de fortaleza.

La situación debía cambiar.

María sintió renacer en su espíritu su antigua energía, sus sentimientos de grandeza, y contempló á su hermano con orgullo.

Alberto, pálido y grave, y con esa tranquilidad de las almas privilegiadas, aparecía en aquellos momentos verdaderamente hermoso, con una hermosura imponente y magnífica.

—Es preciso,—dijo,—que vuelvas inmediatamente al lado de nuestra madre.

—Sí, me iré.

—Te acompañaré.

—He cometido una locura, lo reconozco...

—Sí alguien te hubiese visto entrar aquí...

—No ha sucedido.

—Sí ahora llegase Enrique...

—Vamos, Alberto, vamos

—Y María se apresuró á envolverse en su manto, mientras que el joven tomaba su sombrero.

En aquel instante resonó una campanilla.

Sin que supiese por qué, la joven tembló y exhaló un grito.

#### CAPÍTULO VIII.

##### No hay salvación.

Pocos momentos después se presentaron Enrique y el señor Gonzalez.

La huésped no se había cuidado de anunciarles, porque no estaba acostumbrada á estas ceremonias.

Todos quedaron inmóviles y mudos como si se hubiesen petrificado.

Las miradas de Enrique y de Alberto eran profundamente sombrías.

El rostro de María estaba lívido y desfigurado como el de un cadáver.

El hombre de las gafas verdes contempló el cuadro con su inalterable calma, y si su calma no era completa, así lo parecía.

Si se hubiera quitado sus gafas, tal vez en sus ojos hubiera podido adivinarse algo de lo que en aquellos momentos pasaba en su espíritu.

Sabía muy bien el señor Gonzalez que para los ojos no hay disfraz, y por eso los ocultaba.

Como si su misión entonces fuese la de mudo testigo, dió algunos pasos, colocándose junto á un rincón quedando casi oculto por un armario.

Todo lo que entonces hiciese debía pasar desapercibido para los otros, puesto que no debía ocuparse más que de su propia situación.

Entrecabriéronse los labios de Enrique, dibujándose en ellos una sonrisa profundamente amarga, sonrisa que era una acusación terrible para María.

—Siempre lo mismo, dijo al fin Alberto con su grave tono y su forzada tranquilidad,—siempre representando el papel de espía.

—Y no sin fruto,—replicó Enrique.

—Es verdad.

—Si bastante no fuese lo que ví esta mañana...

—Ahora no debe quedarle á usted la más ligera duda de que soy el amante de María y de que María, no solamente ha olvidado sus deberes, sino que ha perdido hasta el último sentimiento del decoro. ¿No es esto verdad? Así al menos lo dicen las apariencias y usted ha fallado, ha condenado á María... ¡Oh!—añadió, cambiando de tono Alberto.—¡Con cuánta razón se envanecería usted si su conciencia estuviese tan pura como la conciencia de la infeliz á quien ha juzgado. Si tuviese usted un corazón tan grande como el suyo, un alma tan elevada...

—Me parece que perdemos lastimosamente el tiempo. Natural es que usted defienda á la desdichada á quien ha

deshonrado; pero como los hechos tienen más valor que las palabras, como mi honor vendido no se satisface ni puede satisfacerse con frases huecas, con indicaciones misteriosas...

—Caballero...

—Supongo,—interrumpió Enrique,—que al menos tendrá el valor suficiente para arrostrar la responsabilidad de sus acciones.

—Lo tengo para morir.

—Pues es cuanto necesito.

—Pero me duele que entre María y usted se levante el obstáculo invencible de mi sangre, porque eso haría imposible toda reconciliación.

—Bien puede suceder que la suerte me niegue sus favores, y que no sea la sangre de usted, sino la mía la que se vierta, en cuyo caso...

—Siempre verá María en mí al hombre que quitó la vida al que ella amaba, y por consiguiente...

—Mi vida es un estorbo para ustedes, así como la de ustedes es un tormento para mí.

—¿Está usted decidido á sostener su provocación?

—Sí.

—¿Y si yo le juro á usted que María es inocente, que lo ama y que me consideraré dichoso si usted tiene fe en su amor?

—Un juramento no es bastante.

—¿Qué necesita usted?

—Si las apariencias son engañosas, si la realidad es distinta de lo que se ve, explique usted lo que viendo estoy; pero en la inteligencia de que no me contentaré sino con explicaciones claras y terminantes, con pruebas de esas que no dan lugar á duda.

—Es imposible, caballero.

—Entonces tendrá usted que darme las satisfacciones que mi honor exige.

—Deseo que desista usted, que reflexione con calma, que deje al tiempo la aclaración de lo que ahora no comprende, y...

—Lo comprendo todo.

—No.

—Sí, tiene usted miedo, es usted un cobarde...

—¡Oh!...

—No me sorprende, porque el hombre que debe su existencia á la liviandad de una mujer, al crimen...

—¡Silencio!...

—El hombre cuya existencia es ya una deshonra...

—¡Miserable!...

—Me he dignado descender hasta un desdichado que ni siquiera nombre tiene...

—Basta, basta,—gritó Alberto fuera de sí.—Ahora mismo, ahora mismo quiero darle á usted una prueba de que el valor me sobra. Y ya no me resigno á morir, sino que anhelo matar al que ha ofendido á mi madre... ¡Oh!... ¡Madre mía, madre mía!

María no pudo contenerse; púsose en pie y dió un paso hacia Enrique para dirigirle la última súplica; pero Alberto la contuvo, diciéndola con severo tono:

—Podemos perdonar las ofensas que se nos hacen; pero cuando á nuestra madre se ofende...

—Es verdad,—dijo María.

Y quedó inmóvil, añadiendo después de algunos instantes:

—Alberto, cumple tu deber, como yo cumplo el mío.

—Lo cumpliré.

—Y te juro por mi honor inmaculado, que sin exhalar una queja aceptaré todas las injusticias, devoraré todas las amarguras, todos los tormentos imaginables. El honor de una madre te llama... Responde, Alberto, responde.

No necesitaba Alberto las excitaciones de su hermana.

En pocos instantes dominó el arrebató de su cólera, y con voz tranquila le dijo á Enrique:

—Caballero, dispuesto me teneis.

¿Qué hacía entre tanto el señor Gonzalez?

Había dado algunos pasos; pero no para acercarse á los infelices jóvenes, sino para alejarse hasta quedar completamente oculto por el armario.

Todos se habían olvidado de él.

¿Para qué había ido?



Debió creer Enrique que el amigo de su padre iba á representar un papel de mucha importancia en aquella tristísima escena; pero se habia equivocado.

¿Y qué significaba la tranquilidad del misterioso personaje?

Tal vez era un enemigo que esperaba gozarse con los sufrimientos de los demás.

Y si era un verdadero amigo, si tenia medios de resolver favorablemente la situacion, no se comprendia que guardase tan obstinado silencio, y lo que es más, hiciese lo posible hasta para ocultarse y que se olvidase que se encontraba allí.

Ya no habia salvacion posible.

Los dos jóvenes se habian dirigido ultrajes que exigian sangrienta reparacion.

Dispuesto á ceder se encontraba Alberto, pero desde que ofendieron á su madre, toda reconciliacion se hizo imposible.

En cuanto á Enrique, no hay que decir que se encendió más y más su ira desde que vió en aquella casa á la infeliz joven.

Nosotros, que conocemos el secreto, compadecemos á María; pero hay que reconocer que á Enrique le sobraba razon para acusarla.

Quiso la joven dar una prueba más de su valor, y ya no intentó detener á los que iban á matarse.

—No necesitamos más testigos que Dios, —dijo Alberto, — y por consiguiente, no hay para qué perder el tiempo en buscar amigos que nos acompañen.

—No, no necesitamos testigos, y armas las tenemos en mi casa, —respondió Enrique, que tambien se habia olvidado del hombre de las gafas verdes.

Este permaneció inmóvil y mudo.

Sin duda queria quedar á solas con la joven; pero entre tanto, los otros se matarian.

Alberto se acercó á su hermana, la abrazó tiernamente, y la dijo:

—Adios, María. Mis sentimientos los conoces demasiado bien; no te se ocultan mis pensamientos...

—Dios te proteja, —murmuró la joven con acento breve.

Aquel abrazo fraternal encendió más y más la cólera del celoso amante.

Dos centellas se escaparon de sus ojos.

—¡Oh! —exclamó. —Vamos, vamos.

(Se continuará.)

## LA CARIDAD.

Sublime y elevado pensamiento, que como un bálsamo consolador, desciende hasta la humilde choza en que se carece de pan y abrigo, ó llega á la misera buhardilla, en la cual gimen los desdichados, faltos de sustento, minados por la fiebre y agobiados por el peso de la desgracia.

¿No es lo más grande, lo más santo, lo más benéfico, acudir adonde se sufre, adonde se llora, adonde la madre no puede alimentar á sus hijos, ó el padre carece de trabajo y vé con el corazon henchido de amargura que el mañana se presenta tan nebuloso como el ayer?

Pero no, para esto se ha fundado el *Patronato de los Diez*, que con el mismo nombre inauguró en París monseñor Sibour.

En Madrid existen hoy diez y ocho decenas que socorren á otras tantas familias menesterosas, surtiéndolas de ropas, alimentos, médico, botica, y si hay niños, se les proporciona la admision en la escuela, y si por desgracia, se han visto obligados á recurrir á esas casas en donde el pobre ofrece lo que de más valía posee á cambio de algunas monedas, se le rescatan las papeletas; y en fin se les protege espontáneamente, y cada decena es un amigo generoso y fiel que nunca abandona.

Cada decena se reúne una vez por semana, y el Visitador da cuenta de lo que ha hecho y presenta la nota de lo gastado, de manera que con una modestísima ofrenda puede cada cual ayudar á esa obra, cuyo pensamiento se debe á la ilustre escritora, señora doña Concepcion Arenal.

¿No sería posible que nuestras damas que habitan en provincias, se organizaran para contribuir á desarrollar tan filantrópica idea?

Creemos que sí, y que su noble corazon, desde luego acogerá con entusiasmo tan sublime pensamiento.

Hinnova.

### EXPLICACION DEL FIGURIN SUELTO.

1.º Traje para carruaje. — Vestido de raso color violeta, con falda de cola lisa; túnica de terciopelo, adornada con encaje; manga ancha, abierta, con un metro de largo desde el hombro; lazo en la cintura, con una serie de cocas entrelazadas con encaje; sombrero de terciopelo violeta, lazo de raso, plumas y encaje.

2.º Traje de terciopelo inglés. — La primera falda va guarnecida con una banda de pieles de 10 centímetros de ancho, con muletillas de terciopelo formando picos; segunda falda, lisa; chaqueta con largas aldetas recogidas á los lados, y formando puff; manga ancha, pero con puño de pieles ajusta-



do, y de la misma clase que el resto del adorno; pelerina cuadrada; manguito blanco con forro verde; sombrero de terciopelo negro con terciopelo granate, adornado con plumas, encaje y velo de lunares.

#### EXPLICACION DEL GRABADO NÚMERO 1.

1.º Vestido de paño bronceado.—Falda rasante, adornada con un biés, bordeada con faya formando picos.

Segunda falda, corta también, con picos, recogida por detrás y adornada con cordones y borlas; corpiño con aldetas largas por detrás, de 85 centímetros de largo, y adornada lo mismo que la segunda falda.

Manga abierta con volante de diez centímetros en la parte inferior y cinco en la superior. Flores y encaje en la cabeza.

Botas de paño bronceado.

2.º Vestido de cachemir malva.—Primera falda, adornada con un volante de 40 centímetros de ancho. Segunda falda de cola abierta por delante y adornada con un biés de raso del mismo color y encaje blanco al borde; el mismo adorno bordea la falda, y sube por los lados en donde se coloca una escarapela de raso malva.

Corpiño alto, redondo, manga paje forradas de raso malva y segundas ajustadas de cachemir.

Adorno de encaje blanco y zapatos con lazos malva.

#### EXPLICACION DEL GRABADO NÚMERO 2.

1.º Confeccion Luis XIII.—Corpiño sin mangas, con aldetas, cuello grande por delante, y peregrina hasta los hombros, bordeado el todo con bieses y bordado.

2.º Cofia-adorno de crespón de China, bordada y con puff en el centro y una margarita, con dobles caídas por delante, y que por detrás rodean la castaña.

3.º Cofia de mañana, adornada con *guipure*, escarapela de terciopelo y caídas de lo mismo con muselina.

4.º Cofia-adorno elegante, con guirnalda de rosas con caídas; lazo de terciopelo á un lado, y bridas anchas.

5.º Corpiño tableado, con anchas solapas en el pecho y terciopelo negro: es un modelo tan original como gracioso.

6.º Corpiño para sociedad.—Con escote cuadrado por delante, con manga corta, y formando por detrás chaquetilla española: es de seda azul, y va guarnecido con encaje blanco y terciopelo azul y fleco.

7.º Cuello bordado de batista, adornado con bieses y encaje *valenciennes*.

8.º Manga igual al cuello número 7.

9.º Cuello abierto y figurando solapa; un doble encaje le guarnece y un bies.

10.º Manga igual al cuello número 9.

#### EXPLICACION DEL GRABADO NÚMERO 3.

1.º Falda de cola.—De seda negra y con el corpiño redondo, con cinturón de gró. Casaca ajustada, ondeada, abotonada á un lado, con botones de pasamanería, y recogida á los costados y por detrás. La aldetas por delante tiene 45 centímetros, y por detrás 80.

2.º Traje de cachemir gris.—Falda rasante y lisa, adornada con un encañonado y con un biés de la misma tela, bordado con raso, y figurando túnica recta por detrás y por delante. Este encañonado está puesto á 45 centímetros del borde de la falda. Segunda falda muy corta, drapeada por delante en delantal, y recogida á los lados. Corpiño con aldetas abiertas por detrás, y más largas; es decir, 30 centímetros la primera y 17 la segunda. Pelerina abierta, adornado el todo con un encañonado y bieses.

#### EXPLICACION DEL GRABADO NÚMERO 4.

Esquina de un paño de butaca. No presentamos más que la cuarta parte del dibujo, por ser suficiente para comprenderlo.

Está bordado sobre red, y rodeado con un encaje de crochet, y en su lugar puede ponerse un fleco.

En el número 7.º de EL ÚLTIMO FIGURIN, encontrarán nuestras lectoras la explicación detallada de esta primera labor.

#### SOLUCION DE LA CHARADA DEL NÚMERO 4.º.

Lisboa.

La han descifrado los señores suscritores don Alfredo Ozores, doña Blanca Alvarez de Rada, doña Elisa B. y Muller, doña Carmen Boussingault de Moreno, doña María de Salazar y Moro, doña Leocadia Rodriguez, doña Luisa Masondo, doña Pascuala Ruiz de Lihori, doña María Puig y Alguer, doña Eladia Delgado y Ruiz, doña Patrocinio Angulo de Gonzalez, doña Paca Alvarez de Soto, doña Engracia Barés, doña Dolores Zurita, doña M. Luisa Marin, doña Celia Yusti, doña Mariana Gutierrez de Espada, doña Trinidad de la Rua, doña Isabel Blandino y María, doña A. Osorio del Valle, doña Matilde Lagares, doña Josefa Pujol de B., doña Purificacion Williams, doña Merced Mariat, doña Estela Novillo, doña Laura de Zaarza, doña Consolacion Gutierrez Otero, doña Romualda Guevara, doña Eulalia Castellanos de Morron.

#### GEROGLÍFICO.



(La solución en el próximo número)